Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 17

San José, Costa Rica **1927** Sábado 7 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El grito del imperialismo resuena en los Estados Unidos

Por Parker Thomas Moon

Profesor Asociado de Relaciones Internacionales en la Universidad de Columbia.

Imperialismo. **- Una realidad gigantesca, profunda.**

Están los Estados Unidos embarcándose en los mares tempestuosos del imperialismo? Son tan contradictorias las respuestas dadas a esta pregunta, que el ciudadano preocupado bien puede inquirir mayor información antes de aventurar un juicio. Por un lado, tenemos la reciente declaración del Presidente Coolidge de que los Estados Unidos «no abrigan designios imperialistas»; que este país está «contento dentro de su propio territorio, prosperando mediante el desenvolvimiento de sus propios recursos.» Esta afirmación representa fielmente las convicciones sinceras de muchos ciudadanos norteamericanos. En uno de nuestros magazines semanales más populares, Richard Washburn Child amontona cuatro largas páginas de sarcasmo y desdén sobre «el coro de los aulladores de calamidades» que «vociferan a sus propios Estados Unidos la palabra sin sentido, *imperialista*».

Sin embargo, el lector reflexivo se pregunta: ¿la palabra es realmente «sin sentido»? No solamente la prensa europea e hispanoamericana, y no solamente los «aulladores de calamidades» están describiendo como *imperialista* la política de los Estados Unidos. Las noticias diarias ofrecen mucho que parece afirmar la verdad de su designio.

Cogemos los diarios de la mañana para leer la notificación del Departamento de Marina de haber sido enviados a Nicaragua 5,414 marinos y soldados y once acorazados. El mismo día un mensaje de Washington nos dice que el Presidente Díaz de Nicaragua propone colocar a su país en una posición subordinada a los Estados Unidos, a la manera de Panamá, o de Cuba, de Haití, o de Santo Domingo.

Otro día trae la noticia de que Harvey Firestone ha lonchado en la Casa Blanca, y que la conversación versó sobre los planes para la plantación del caucho en las Islas Filipinas y en la pequeña República africana de Liberia, en donde Mr. Firestone está empeñado en desarrollar el cultivo de un millón de acres. Difícilmente pasa un día sin una nueva jugada en la controversia sobre los intereses norteamericanos en el suelo y en el petróleo mexicano.

Tales párrafos de la prensa, y hay muchos más, hacen nacer la interrogación de

si los hombres de negocios norteamericanos están realmente contentos, como lo declaró el Presidente Coolidge, desarrollando los propios recursos de los Estados Unidos dentro de su territorio. ¿Son estos párrafos de la clase que se suma, al final, para formar un conjunto total de *imperialismo?*

La mayor parte de la confusión es causada por la falta de entender lo que significa el *imperialismo.* El imperialismo es la política o práctica de esforzarse en extender el control o imperio de una nación. Los romanos practicaron el imperialismo. Así lo hizo Napoleón. En nuestros propios tiempos ha tomado la forma, principalmente, de tentativas de las naciones industriales de extender su control sobre territorios atrasados en Africa, Asia, Hispano América y el Pacífico.

Algunas veces el control toma la forma de anexión sin violencia y el territorio atrasado se vuelve una «colonia»—tal como Rhodesia y Trípoli. Algunas veces toma la forma de «protectorado»—tal como Túnez o Marruecos. Hoy se prefieren métodos más sutiles, tales como el sistema de mandato, el «protectorado encubierto», la «esfera de intereses». Mas no importa lo sutil del método: el hecho esencial sigue siendo el mismo.

Eso es el imperialismo—no una «palabra sin sentido», sino una gigantesca, profunda realidad. Hágase una lista de las colonias, protectorados, esferas de interés y países atrasados que están hoy dominados por unas pocas naciones imperialistas, y al sumar la columna se tendrá cerca de las dos terceras partes de la tierra del mundo y más de un billón de seres humanos. Diez naciones imperialistas tienen colonias siete veces el tamaño de Europa. Todo escolar ha estudiado la conquista de Alejandro el Grande, de Ciro, de César, de Napoleón Bonaparte. Pero estas modernas conquistas son más grandes. Los imperios militares del pasado fueron juguetes comparados con los imperios económicos del presente, incomparablemente más grandes.

Todas las grandes potencias de hoy han adquirido imperios coloniales. Este hecho debiera ser recordado por los europeos cuando reprochan de imperialista a los Estados Unidos. El vasto dominio colonial francés de 4,000.000 de millas cuadradas ha sido conquistado, casi todo, desde que Jules Ferry profetizó tan dramáticamente, hace cuarenta años, que Francia debía o conquistar colonias, o «descender del primer rango al tercero o cuarto» entre las naciones.

Gran Bretaña puede haber construido su imperio en «accesos de ausencia de juicio», como tan a menudo dicen los ingleses, pero ha requerido un ausentismo mental notablemente firme para agregar 7,000.000 de millas cuadradas, en medio siglo, a un imperio que era ya vastísimo. Para ser más franco, el incomparable imperio británico es el producto de experimentada ciencia de gobierno, agudo sentido de los negocios y supremacía naval.

Alemania, con una diplomacia más inculta y una armada más débil ganó un «lugar bajo el sol» relativamente pequeño, y perdió hasta eso en la gran guerra. Japón, peleando en tres guerras, ganó colonias casi tan grandes como las Islas Filipinas. Rusia no tiene ya un Emperador, pero tiene un imperio, pues los soviets aun retienen la mayor parte del reino asiático conquistado por los zares. Italia ha peleado en más de una guerra para ganar su imperio africano, estéril e improductivo como es.

Ingenuamente existe en los Estados Unidos una impresión general de que esta nación se ha mantenido a distancia de la lucha por las colonias. En parte se debe esto al hecho de que no hemos anexado tierra en Asia o en Africa (aunque Liberia puede considerarse como una esfera de interés norteamericana). La impresión se debe en parte, también, al hecho de que la opinión pública norteamericana difícilmente se ha dado cuenta de un imperialismo deliberado. McKinley nos informó que las Islas Filipinas y Puerto Rico habían sido confiadas a nosotros por la Divina Providencia. Desde los tiempos de McKinley los marinos han auxiliados quieta pero eficazmente a la Divina Providencia en oscuras y pequeñas repúblicas como Haití, Santo Domingo y Nicaragua.

En cada caso pareció existir alguna buena razón, fuera del imperialismo. En suma, el nuestro ha sido una especie de imperialismo inconsciente, distraído, haciendo adquisiciones coloniales, y sin embargo, comprendiendo apenas que se construía un imperio. Mas un imperio se ha formado, sea que lo supiéramos o no.

Desde la Guerra Civil hemos comprado Alaska, anexado a Hawaii, conquistado a Puerto Rico, comprado y conquistado las Islas Filipinas, adquirido a Guam y Samoa, comprado las Indias Danesas Occidentales y arrendado la Zona del Canal de Panamá; la Bahía de Guantánamo, el Golfo de Fonseca y las Islas de Maíz. Esto hace 700.000 millas cuadradas y 13,000.000 de almas. Además, los Estados Unidos han extendido el control sobre varias repúblicas hispanoamericanas que son nominalmente independientes, pero justamente tan partes del imperio norteamericano, como Canada, Irak y Africa del Sur lo son del imperio británico. Así son Cuba, Haití, la República Dominicana y Panamá. Nicaragua de 1912 a 1925, con un Gobierno subordinado sostenido por marinos norteamericanos, fué casi menos que una dependencia, y está ahora de nuevo ocupada por marinos.

En conjunto, los territorrios distantes y dependencias de los Estados Unidos abrazan ahora casi 1.000.000 de millas cuadradas con más do 20.000.000 de habitantes. En lo comercial este imperio colonial sobrepasa en mucho al de Italia, al de Japón y al de Francia. Es segundo, sin duda, en relación con el de la Gran Bretaña. Solamente las Filipinas son más valiosas que todas las colonias que el imperioso Bismark y el histriónico Guillermo II tuvieron la suerte de obtener para Alemania. En una palabra, el pueblo norteamericano puede no haber sido deliberadamente imperialista, pero los Estados Unidos han sido asombrosamente afortunados en el imperialismo.

Solamente leyendo los volúmenes de la correspondencia diplomática secreta que han sido publicados desde la guerra por los gobiernos europeos, puede apreciarse la extensión en que el imperialismo ha influenciado la diplomacia europea. La historia es demasiado larga para relatarse aquí. Quizá sea bastante decir que a través del volumen *Die Grosse Politik* (documentos alemanes) y del *Livre Noir* (documentos franco-rusos), de los documentos Siebert, corre el hilo contínuo del imperialismo, un hilo de torcido rojo y oro; rojo por la sangre que ha vertido, oro por el tesoro gastado.

A medida que se sigue, el hilo conduce a través de conflictos por concesiones ferrocarrileras y minas en Turquía y China, a través de crisis diplomáticas sobre Marruecos y el Sudán, a traves de un lodazal de rivalidad financiera y económica, a traves de incontables «expediciones punitivas», «intervenciones» y guerras de conquista en pequeña escala. Las alianzas armadas que chocaron en 1914 fueron moldeadas y se mantuvieron unidas por el imperialismo. El imperialismo fué la fuerza más potente de la diplomacia secreta que condujo a la gran guerra.

Sin ser un «aullador de calamidades», cualquier estudiante reflexivo de la historia moderna bien puede preguntar: ¿Qué del presente y del futuro? ¿Este poderoso flujo del imperialismo avanza o comienza a decrecer? No se requiere un don especial de profecía para adivinar la respuesta. Sólo se necesita hacer el inventario de los factores que causan el imperialismo.

Una de tales factores, bastante claro, es la superproducción de artículos manufacturados. Todas las naciones industrializadas encuentran que es necesario buscar mercados extranjeros o coloniales para una parte considerable de sus manufacturas. Este es un lugar común de los negocios modernos. Sin embargo, cuando los mercados extranjeros estuvieron en cierto modo cerrados por medio de tarifas protectoras, los exportadores, naturalmente se volvieron a las colonias. Debe haber habido regocijo en el cielo cuando se enseñó a los negros de Africa a vestir sus desnudeces, y el regocijo fué ciertamente mayor en las fábricas de algodón de Inglaterra.

Además, el mercado colonial puede monopolizarse en cierta extensión. En sus propias colonias de Argelia, Túnez, Madagascar e Indo China, Francia puede admitir los productos franceses sin impuesto, mientras levanta una tarifa murallada contra la competencia británica, alemana o norteamericana. Arreglos de tarifas similares, destinados a ayudar a la madre patria en el monopolio del comercio de sus colonias han sido impuestos por Japón en

Formosa, Sakhalin y Korea; por Italia en sus posesiones africanas; por Bretaña en las Indias Occidentales, en Chipre, en Fiji, para no mencionar la preferencia voluntaria concedida por los Dominios. También los Estados Unidos han practicado una distinción parecida en Puerto Rico, Hawaii, Filipinas, Guam y las Islas Virgen.

Ahora el punto que precisa enfatizar es que la rivalidad comercial, con su acompañamiento de proteccionismo aduanero, no es menor, sino mayor desde la guerra. Nunca han sido las tarifas tan altas o casi tan universales. Nunca, por lo tanto, ha sido más agudo el problema de vender el exceso de productos manufacturados. Nunca ha sido más fuerte este factor.

Sin embargo, hay una fuerza aún más potente. Mientras el ansia viva por los mercados coloniales fué historicamente la nota dominante del imperialismo del 80 y del 90, una ansia más viva se siente hoy por las materias primas, como el caucho, el petróleo, el hierro y el carbón. El petróleo fué la explicación de la querrella sobre Mosul. El actual torbellino de México es por lo menos en una mitad ocasionado por el petróleo. Italia codicia colonias que le suministren algodón. El informe del Coronel Calmi Thompson sobre las Filipinas insiste en el caucho. Como se ha observado, Mr. Firestone está desarrollando grandes plantaciones de caucho en Liberia. Al presente el proyecto de Firestone puede ser precisamente una cuestión de negocio; mas si un futuro Gobierno de Liberia tuviera que ver con sus plantaciones, ¿no habría una demanda para la intervención norteamericana y para el control norteamericano?

Indudablemente que los Estados Unidos podrían sobrevivir sin las plantaciones de caucho, y Bretaña podría seguir adelante sin el petróleo de Mesopotamia. Como un hecho cierto, la importancia de las materias primas coloniales se ha exagerado. La estadística insensible mostrará que las grandes potencias, más bien que sus colonias, son las más grandes productoras. Con todo y sus grandes colonias, Francia depende de los Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña, más bien que de Africa, para el volumen de su materia prima. Sus colonias pueden suplir solamente una tercera parte de sus exigencias.

Aún la Gran Bretaña, con el más grande y más rico de todos los imperios, no puede esperar a proveerse a sí misma de ciertas materias primas como algodón, cobre y fertilizantes, al menos por un largo tiempo en el futuro, y quizá nunca.

Los hechos escuetos, sin embargo, no determinan la política. Las emociones ardientes son las fuerzas motrices, Y en este caso hay una gran parte de calor. Hay una noción muy extendida de que cada nación debe empeñarse en ser dueña de sus aprovisionamientos de materia prima. Creen los franceses que sus colonias son magníficos depósitos de trigo. Los italianos se quejan porque tienen que importar algodón norteamericano. Mr. Firestone advierte francamente la doctrina patriótica de que «los norteamericanos deben producir su propio caucho». Los hechos acerca de las materias primas llevarán tal vez a un reconocimiento de la interdependencia de todas las naciones y la necesidad de una cooperación internacional. Pero los sentimientos que prevalecen acerca de las materias primas llevan derecho al imperialismo,y después a más imperialismo.

Agregamos un tercer factor: las inversiones extranjeras. En este punto marchamos en un terreno resbaladizo. Hace apenas unos pocos días el Presidente de la Bolsa de Nueva York pronunció un discurso sobre «El Mito del Imperialismo Financiero Norteamericano», negando elocuentemente que la salida del capital norteamericano sea algo más que beneficio.

El debate acerca del imperialismo financiero olvida usualmente el hecho simple de que hay dos tipos muy diferentes de inversiones extranjeras. Inversiones en naciones de una alta civilización y relativamente fuertes, y empréstitos a sus Gobiernos, no pueden con facidad llevar a una intervención, a la conquista y al dominio imperialista. Si Francia faltara al pago de sus deudas, los marinos norteamericanos no serían enviados a tomar posesión de sus aduanas.

Muy diferente es el caso de inversiones en países débiles y atrasados. Cuando tales inversiones están amenazadas por desórdenes internos o por un Gobierno incompetente, con mucha frecuencia se sigue la intervención. Los empréstitos franceses a Marruecos fueron el preludio de la intervención militar francesa. Y la «intervención» es a menudo conquista.

Si el imperialismo fuera enteramente una cuestión económica concerniente a los mercados, materias primas, empréstitos e inversiones, fallaría como recurso emocional del pueblo. Hay otros factores y muy poderosos. Es muy notable la cuestión de defensa nacional. Por siglos los estadistas británicos han estado adquiriendo nuevos territorios como topes para la protección de la India.

Los norteamericanos encuentran fácil creer que Guantánamo, en la costa de Cuba, y el Golfo de Fonseca en la costa de Nicaragua, son necesarios para la defensa del Canal de Panamá, el cual a su vez es considerado vital para la marina. Si alguna vez desapareciera el temor en las relaciones internacionales, quizá este elemento estratégico pudiera ser eliminado del imperialismo. Pero hoy es muy poderoso. Un factor más debe añadirse a los que revisamos. Muy naturalmente toda nación imperialista se siente surgir de la ensimismadora creencia en los beneficios de su propio imperialismo. Los ingleses se enorgullecen, y es a menudo un orgullo muy justo, de la senda de estadistas que ha conducido a sus administradores coloniales a lo que Kipling llama «la carga del hombre blanco». Los franceses sienten en verdad que ellos tienen una *mission civilisatrice* en Africa. Los norteamericanos sienten orgullo de las escuelas y caminos que han construido en Puerto Rico y en Filipinas; de la satisfactoria cruzada contra la fiebre amarilla; de la salubridad que acompaña la intervención en las repúblicas del Caribe.

En suma, las fuerzas motrices del imperialismo son ahora más fuertes que antes. Pero, por otro lado, los obstáculos se han vuelto más formidables. El mayor obstáculo es la reacción creciente de las razas sometidas contra la dominación imperialista. Después de la guerra, Egipto ha conquistado «independencia» por medio de la insurrección. Turquía ha arrojado el yugo imperialista que el Tratado de Sevres le habría atado; India ha tenido su Gandhi; los filipinos han clamado independencia; China ha comenzado el proceso de compeler a las naciones extranjeras a renunciar a sus concesiones, a sus derechos extraterritoriales, a sus bases navales y al control sobre sus tarifas; Afghanistán ha escapado al tutelaje británico; Siria, Marruecos han sido conmovidos por serias re-

beliones; México ha pasado sus leyes sobre el petróleo y la tierra; los hispanoamericanos se han excedido en su crítica al «imperialismo yankee». Todavía puede uno rehusar la lectura de lo que sobre la pared está escrio. Pero si lee, la profecía está allí.

No es que los imperios sucumbirán mañana. O pasado mañana. Lo que parecen indicar los hechos es, más bien, que muchas colonias a medida que se desenvuelven en el camino de nuestra civilización tienden a demandar más y más insistentemente, primero, el derecho a gobernarse por sí mismas, después, a convertirse en naciones libres.

La lección que hay que aprender

Equilibrando causas contra obstáculos, podríamos fácilmente concluir que las fuerzas imperialistas continuarán largo tiempo lo bastante fuertes para pasar por sobre la oposición y hacer ésta una edad de imperialismo intensificado, titánico, en conflicto entre ellas y con las razas nativas. Pudiera ser esto, pero hay una oportunidad de algo más. Pudiera ser que más hombres de negocios aprendieran, como ya lo han descubierto algunos de nuestros financieros de mayor visión, que la cooperación internacional en la paz ha de preferirse, consideradas todas las cosas, a la especie de rivalidad económico-diplomática que fomenta el imperialismo y la guerra. Pudiera ser que la mayor parte de nuestros políticos leyeran la lección de la historia, de que las rivalidades imperialistas han traído consigo la guerra.

Verán quizá que exponer el futuro de una nación grande, como lo han hecho tan a menudo los gobiernos europeos, por causa de una selva tropical aquí, una base naval allá, una despreciable emisión de bonos, o un terreno petrolífero, no es el género más elevado de política. La buena voluntad de otras naciones grandes es incalculablemente más importante, sea que se mida en los dólares del comercio, o en los términos de la amistad, de la justicia y de la paz, que las ventajas que se obtendrán con las aventuras imperialistas.

Una vez que este hecho sencillo se haya realizado, el imperialismo se volverá al menos más cauto, menos agresivo, menos adicto al uso de barcos de guerra y tropas. Con el transcurso del tiempo se realizará este hecho. La cuestión es si ha de realizarse a tiempo.

(Traducido para REPERTORIO AMERICANO de *The New York Times Magazine*. Marzo 13, 1927).

La imitación de las tiranías

Las modas en la política

...A cada paso hallaremos en la historia esta peste de la entre-imitación. Viene una era de libertad y se llega al frenesí, a la demagogia, a la máxima exaltación de todo derecho, así sean los menos filosóficos, los más dudosos, los más oscuros... Irrumpe un tragaldabas de estos en una nación paludosa y se hacen propagandas extravagantes y no se reconoce sino el derecho a regirse *en orden*, es decir, a palos. Al *Fascismo* responde la *Unión Patriótica*. El mariscal Pilsudsky da su cuartelazo en Varsovia, y en Grecia y en Portugal sucédense regímenes de fuerza disparatados. En la América hispana todas esas movilizaciones de opinión asumen caracteres locales; en cada indio de estos que preside paises del Sur resulta agazapado un despotilla que está convencido de que va a *regenerar*, a *componer*, a *remodelar*... ¿Cómo, en virtud de cuáles preparaciones ni de que antecedentes? Ahí duele. Con excepciones escasísimas suelen *elegirse* nuestros hermanos de Hispanoamérica cada presidente...!

Del trascendentalismo presidencial

Una vez en el poder el presidenciable, declárase hombre trascendental. Todavía no ha logrado darse cuenta de lo que representa cuando ya comienza a sentirse *estrecho* en el mandato de que está investido. Todo le resulta defectuoso, mal organizado, mal concebido... Siéntese poseído del demonio de las reformas y quiere que le cambien de sitio el escritorio, para desde allí cambiar también las ideas de *su pueblo*. Esto de *mi pueblo* ya encierra algo cesáreo.

No; eso son disparates, tonterías y... mala intención. O propia o de la cortesanía circundante. Un presidente, es un presidente, un señor que *preside* por un lapso dado—y nunca de otro modo—y cuyo papel es el de un simple agente *ejecutivo* de la voluntad nacional expresada a través de sus órganos. La política del presidente es no tener ninguna en el sentido partidario. Un presidente no es un líder de partido con mando, no; es el representante de la *totalidad* nacional, del conjunto de voluntades de un país. Se expresa esta voluntad en dos paralelas generalmente: las dos grandes organizaciones de opinión que representan el equilibrio dual del Estado... Pueden ser tres, cuatro, diez. La que excede triunfa, pero su triunfo es llevar al gobierno *impersonal*, no precisamente su partido, sino las ideas, el programa de ese partido y gobernar con todos... Machado, por ejemplo, no es un presidente *liberal*. Es un *liberal* que está en la presidencia. Más aún: es un cubano que preside, por un período fijo y dado, la representación de todos los cubanos. Abadía Méndez no es presidente conservador, es un conservador que llegó a la presidencia de Colombia, un colombiano para los colombianos, un *conservador* para cuando descienda del poder y se integre a las filas de donde surgiera...

Lo que ocurre es que algunos *políticos* que surgen de un partido cualquiera, se sirven de éste como de escalón y luego, instalados en el poder, gobiernan con una cosa que ellos llaman *cabeza propia*, pero que es lo más ajena de este mundo.

El escabel de que se valen para ir al poder, el *partido*, se abandona luego de un puntapié; sólo que con la soga de ciertos compromisos al cuello, tirar a un lado el taburete puede constituir una estrangulación.

La manía de las grandezas

Se explica uno que en Europa, donde con excepción de dos o tres países—quizá ni esos—los pueblos se han visto obligados a pasarse la vida de rodillas, todo el que surja aspire a *reyezuelo:* pero en América, donde tánto nos costó librarnos de esas monarquías con sus nubes de parásitos como grandes prediluvianos que se pudren en las llanuras de la historia; en América ciudadana, civil, de base democrática, de trabajo, de esfuerzo, de conciencia propia y de labor de los puños ¿a qué ni por qué esta forma estrepitosa, estos funcionarios de penachos, estos señores que hasta ayer fueron democráticos, sencillos, llanos, comprensivos y que de la noche a la mañana, porque se les encarga de administrar por un período o dos el país, pasan a convertirse en unas momias de la autoridad; o aun peor que eso, en una suerte de Moloch devorador, augusto, infalible, sombreando con su enorme personalidad la vasta sala del parlamento, que pasa a ser sala del trono, entre una humareda de inciensos y una hecatombe de constituciones destripadas?

Válgame Dios! Y qué nómina de ridiculeces constituyen ciertos períodos de la historia contemporánea de Hispanoamérica!

De cada nación sale un *superhombre*. ¡Y tenemos un siglo de regenerar, restaurar, rehabilitar, dignificar, y a la fecha a los *providenciales* los hemos reemplazado con los *constructivos* y a estos últimos los sucederán los *volitivos*, hasta que la fatiga nos los haga a todos francamente *vomitivos*.

JOSÉ RAFAEL POCATERRA

Hombres providenciales en América

El mismo día en que publicábamos una crónica de Pocaterra, el admirable venezolano que tan alto mantiene su decoro político y el verdadero espíritu republicano de América, sobre el espíritu de imitación que lleva a los pueblos de nuestra raza a imitar las dictaduras europeas y a fiarlo todo al *hombre*, que suele no ser sino el gran cacique de la violencia, publicaba un colega el ditirambo que un intelectual mexicano, partidario entusiasta de la dictadura de don

Porfirio, dedica *al Hombre de Maracay*.

Es el artículo típico de la adulación fustigada por Pocaterra. El general Gómez resulta allí parangonado con Augusto y con el mariscal Pilsudzky, con Luis XIV y con Felipe II. Si aquellos tenían a Versalles y el Escorial, el de Venezuela tiene a Maracay. Lo ve el escritor mexicano desde muy lejos, en un campo rodeado de amigos, y lo reconoce sin haberlo conocido jamás, porque se destaca solitario en su grandeza. Y recuerda el panegirista la manera cómo, al decir de Homero, se destacaba Agamenón en medio de los héroes griegos... Y como estamos en los días del homenaje a San Francisco, también resulta allí el general Gómez preocupándose por salvar la vida a un árbol y dando todos los días de comer a las avecillas... Lástima que tanta piedad no se hubiera extendido a los hombres que en el Castillo de San Carlos o en la Rotonda agonizaban años tras años, o morían sin que nadie tuviera misericordia de ellos.

En la apreciación de las tiranías de América y de sus hombres providenciales, de sus sables vencedores y de sus camarillas de turiferarios nacionales y extranjeros, nosotros estamos con Pocaterra, con sus indignaciones y sus cóleras vehementes. Del otro lado están los intelectuales de dentro y de fuera, Chocano, Villaespesa, Vallenilla, Díaz Rodríguez, García Naranjo, el Nuncio, que acaba de comparar al presidente vitalicio de Venezuela con Cincinato: el triunfo de todas sus manifestaciones con todas sus ventajas.

Pero nosotros consideramos que es necesario crear en América un ambiente para ideas más generosas, más democráticas, más republicanas. No hay en nuestra actitud aversión para ningún hombre ni para ningún gobierno, pero sí una profunda e incurable aversión por los sistemas de gobierno basados en el poder personal de un caudillo, en el concepto tiránico de hombres providenciales que han sido la mayor desventura de América.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Estados Unidos y Estados... Desunidos

Managua, Nicaragua, 8 de abril de 1927.

Sr. don Joaquín García Monge,

San José, C. R.

Muy distinguido amigo:

Su Repertorio Americano es para mí la estación difusora de los ideales hispanoamericanos. Yo la llamaría la JGM. Cada vez que recibo su mensaje, pienso de veras que llega en las ondas de Ariel, con las novedades del espíritu. Gracias por su atención de enviármela.

La tragedia de Nicaragua, que a tantos pueblos ha conmovido, es en verdad de una significación incalculable. Siento la herida, ancha y honda, como si fuese en mi propia carne. ¡Y todo por una media docena de hombres que no quieren trabajar honradamente! Las malas acciones se cotizan bien en Wall Street, en el magnífico negocio de las patrias ajenas. Pero la Esperanza queda aún en la caja de Pandora. Y me aferro al Porvenir.

No menos de cuatro mil nicaragüenses rastrean, hechos gusanos, en los campos de batalla donde hallaron la muerte. En cambio, los campos de agricultura y los talleres permanecen abandonados. Nuestra cultura sufre quebranto: el sagrado edificio de la Universidad secular de Leon, así como los de otros colegios, son hoy día cuarteles del soldado extranjero, y centinelas sajones cruzan el arma en la puerta misma del aula por donde entrara a dictar sus lecciones de sabiduría el gran abuelo nuestro, padre de la Patria, Miguel Larreinaga.

La prueba es terrible. Cierto es que hemos cometido innúmeros errores. ¡Venturosa la nación que no tiene historia! La nuestra tiene muchos capítulos de violencia; pero la violencia propia muchas veces ha tenido razón. Ahora la violencia es extranjera, y la Fuerza prima sobre el Derecho, por el momento.

Me parece que se ha organizado,—si no en el papel de los tratados en el entendido de la acción,—un consorcio imperialista entre la vieja Inglaterra y la nueva Inglaterra, para las «manos libres» en América y la «puerta abierta» en el Asia. La pequeña Nicaragua y la inmensa China son ahora los sujetos al experimento sajón. Mas las nacionalidades se aquilatan en las pruebas más rudas. Creo, además, que la rectificación de los Estados Unidos, más pronto o más tarde, ha de sobrevenir. Lo que actualmente ocurre en Nicaragua lleva trazas de ser el punto de partida de un nuevo ciclo político en el Continente. La justicia que con nosotros claman los norteamericanos honrados, ha de darse la mano al fin con los mismos intereses norteamericanos, cuando éstos comprendan que su verdadero interés radique en la confianza, que no en la desconfianza de la América Española. En los Estados Unidos, este problema también, a lo que se sospecha, tendrá su repercusión política y aún social. Tal vez me equivoque, pero quién sabe, quién sabe, si la plutocracia norteamericana reciba en su propia patria los primeros golpes de su propia democracia. La minoría que domida actualmente al gran país de Jorge Washington quiere apagar el clamor de descontento, mediante el imperialismo; pero quién sabe si en ello se juegue el predominio. Los Estados Unidos también participan de nuestra crisis.

Mientras tanto, la acción de todos los hispanoamericanos capaces de influir, de la clase, por ejemplo, que colabora en el Repertorio, habría de enderezarse hacia la solidarización *de los intereses* latinoamericanos. Los ideales que nos son comunes ya están maduros para intentar la vinculación efectiva. El mal por excelencia se resume en la observación que en vez pasada, rifiriéndose a la división política de América, hizo Luigi Barzini: «Estados Unidos y Estados... Desunidos». Como acotación a eso, bien pudiera recordarse, por ejemplo, que Costa Rica dió su sangre por la libertad de Nicaragua, cuando don Juanito Mora vino contra Walker; sin embargo, el tratado de librecambio entre los dos países nunca pudo ser llevado a la práctica. A propósito de lo anterior, me permito acompañar a la presente, encareciéndole su reproducción, un notable editorial de la *Revista del Impuesto Unico* de Buenos Aires, que hoy he recibido. Bajo el título un tanto resobado de «La Unión Latinoamericana», ofrece un interesante punto de vista en la contemplación real del sueño bolivariano.

También le envío, recortado de la mencionada revista bonarense, un trabajo que lleva la firma del muy exquisito poeta sudamericano Arturo Capdevilla, intitulado «El Cíclope y su Caverna», digno de ser leído y releído. ¿Querría usted reproducirlo igualmente?

Para concluir, permítame significarle que el patriotismo nicaragüense aún vive y lucha, más allá de los partidos, y que ese patriotismo está reconocido de lo que por Nicaragua ha hecho Costa Rica. Y de lo que hará, como hermana digna y honesta, como ayer, como hoy y como siempre.

Mande su devoto amigo,

Juan Ramón Avilés

N. del E.—En breve reproduciremos los dos importantes recortes que nos ha mandado el señor Avilés, a quien mucho estimamos.

Página lírica

de Juan Parra del Riego

Al Capitán Sluekin

Este poema, que publicamos con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte de JUAN PARRA DEL RIEGO, fué reconstruido por el poeta especialmente para *La Cruz del Sur*, pocos días antes de morir.

(*La C. del S.* Novbre. y Dicbre. de 1926).

¿Por qué hoy te has apoderado de mi alma, Capitán?
Mientras miro estos barcos de vela que se van,
y en el puerto estoy solo con mi cabeza ardiente
junto a la altas proas visionarias
y dichosas,
y fraternizo con los hombres agudos y callados
de la descarga terca y amorosa,
y amo ver la llegada de esas lanchas de carbón
que vienen como dulces madres embarazadas,
y estas maderas de árboles de América,
y las harapientas músicas
del acordeón
¿Por qué hoy te has apoderado de mi alma, Capitán?
Y de golpe en mis sueños tan grande te he sentido
y he amado
tu vida de salvaje y delicado
héroe desconocido,
del mar...
Voluntad y alegría, triunfos y sufrimientos
que todos los niños deberían amar
en estampas sonoras, coloristas y arcanas
de libros de cuentos
abiertos por las puras manos de las mañanas.

Porque la mar fué tuya más allá de la vida,
Capitán, Capitán,
y más allá de donde la muerte para su árbol
amarillo de pájaros que nunca cantarán.
Tuya sobre la espalda de la sirena loca,
y el adiós de la pobre mujer abandonada
y esa luna que toca
la cara pensativa y delicada
del ahogado perdido... Tuya en la marejada
de mares de un salvaje fósforo azul, sonoro,
donde el tiburón baila su cola de alquitrán.
Tuya en el arpa limpia con su sonido de oro,
que hace cantar las islas que no se encontrarán,
y en esas soledades dramáticas del Polo
donde la muerte tiene su ciudad de cristal,
y sobre la Esperanza y el Olvido
se abre el blanco abanico de la Aurora Boreal.

¿Islas Baleares!
¡Islas Azores!
Mi alma ha perdido ya sus cantares
y sus amores.

Madagascar!
un día solo con una Biblia y mi carabina
me haré a la mar.

Buen Capitán,
Capitán loco y aventurero,
cómo tu vida se desfigura
bajo la sangre
del ala negra de mi sombrero...

Se van las olas dulces y rotas...
Ya cae la lágrima de Aldebarán...
sobre las últimas gaviotas.
¿Por qué hoy te has apoderado de mi alma, Capitán?

(*La Cruz del Sur*. Montevideo).

Al motor maravilloso

Yo que canté un día
la belleza violenta y la alegría
de las locomotoras y de los aeroplanos,
qué serpentina loca le lanzaré hoy al mundo
para cantar tu arcano,
tus vivos cilindros sonámbulos, tu fuego profundo
¡oh, tú, el motor oculto de mi alma y de mis manos!

¡Qué llama enloquecida se enreda en tus fogones
y hace girar la rueda líquida de la sangre
y atiranta las poleas de los músculos
para mecer los columpios súbitos de las sensaciones!

Cuando corro, beso, anhelo, callo, sufro, espero, miro,
salta mi alma en una loca carcajada,
floto en sedas de suspiros
o en el charco solitario de la sombra en que me estiro
se me copia el corazón como una estrella desolada.

Y qué electricidades,
se me van por los alambres calientes de los nervios
hasta el cerebro, caja de las velocidades
azules y negras y rojas de todos los sueños...!
Zumba la turbina sutil de hondos dolores
y saltan imágenes,
y hacia donde ya no alcanza el ojo triste
con sus sedientas ruedas de colores
corre el tren de las imágenes.

Y qué émbolos oscuros se agitan sin cesar,
y qué carbón jadeante de soles escondidos
te hace andar
a todo vapor, a todo vapor
cuando se me hincha el corazón de una salvaje alegría
o se me quiere romper de dolor
y de melancolía.

Motor humano: tú eres
la única maravilla de este mundo doloroso,
por tu inmortal prodigio: el beso a las mujeres,
el pensamiento firme y armonioso,
la palabra que salta rotunda, patética y viva,
por la célula furtiva
que trabaja en sus telares nuestro ritmo misterioso;
teje un día la Esperanza,
otro día el Sufrimiento,
otro día la Alegría.
Yo siento
cuando queda tensa y viva sobre mi alma la Energía,
¡Motor de la explosión de toda la vida mía!
¡Hondo motor que haces mi cólera y mi llanto,
mi callada pasión y mi fuerza y mi canto,
más ligero
más ligero
con la carga de esperanza que es mi única conquista:
tú, la máquina del único sendero sin sendero:
yo, tu alado y sangriento maquinista.

(*Poliedros*. Lima).

Polirritmo de la mujer vegetal

¡Guitarras bajo las higueras! ¡Trompos azules del día!
Aquí está la fresca amada vegetal...
La que ví, y el alma mía
se me abrió como una fruta musical.
Ojos con pájaros, caderas de ágil tazón de soles

a carreras de naranjas, margaritas y manzanas
por mi sangre la sentía atravesar...
La que ví y me dió el amor a las mañanas,
(¿Sonaba nidos? ¿Colgaba frutas? ¿Olía a rosas?)
y unas súbitas nostalgias misteriosas
de montar caballos blancos, trepar árboles, nadar...
madrugar todos los días
e irme solo por los campos, ¡verde andarín! ¡loco andarín!
con mi campana de lejanías
y el pecho alegre como un clarín.

(Rey Salomón: ¿dónde está tu arpa para cantar?
Rey Salomón: ¡pandero y vino para bailar!
Rey Salomón: ¡qué Sulamita para besar!)

Parada, un árbol,
echada, un río...
sentada, un alba sentimental...
¡corazón mío!
¡corazón mío!
nos curaremos de todo mal.

La que sólo parecía alimentada con flores.
La que ví, y en una gruta
de albaricoques, palomas, racimos de uvas y olores,
se quedó como un barquero solitario con la luna
a temblar mi corazón.
(Oh, querida, fresca, fresca,
ágil y alegre querida,
¡qué vergüenza, qué vergüenza,
de haberme dejado hacer tan triste por la vida!)

¡Maquinistas silenciosos de las noches estrelladas!
La que ví, y sobre mis penas rudas, solas y calladas,
(¡oh segadora fina que amó mi alma!)
pasó cantando sus cantos de medio día y pasión,
con su risa vendedora de naranjas,
con la música crecida de sus senos
y las cerezas alegres de su joven corazón.

¡Oh, partir con ella un día...!
Oir la estrella de las guitarras de las lagunas,
ver los caminos,
la metafísica angustia sorda con que los pinos
miran las lunas...

Andar... Soñar...
Besarla súbitamente loco bajo las parras y las higuerras,
¡cantar...! ¡gritar!...
Zumban abejas... rocío... flores... nidos... ¡los nidos!
¡qué cuchicheo de cuentos de hadas en los oídos!...
Correr... reir,
sentarnos solos junto a los árboles a comer guindas
con dedos finos de amor y de cristal...
(¿de dónde sube esa serenata de violetas?)
y hasta algún sapo que a nuestro lado llega tirando sus volteretas
de payaso de la luz ¡cubista acróbata matinal!

¡Oh, vivir juntos!
¡Llorar unidos la misma lágrima y ver unidos la misma estrella!

Partir con ella
en un auto que tira su sangre panorámica
a noventa kilómetros por hora,
locos de alegría, de claridad
(la luna nos sigue corriendo, hermanita... Ya miro la aurora...)
¡adios, nube!
¡adios, árbol!
¡adios, pobre luz de allá, sola...!
locos de alegría, de intimidad,
de libertad,
de f e-l i-c i-d a d.

¡Pañuelos de las estrellas que llaman mi corazón!
Ya no quiero más amores con las de seda y la luna.
Aquí está la que el espejo de la luz trae en la frente!,
la que vive, sufre, ríe, ama, canta, engendra, siente...
la del amor natural, claro, fragante, indistinto,
sabor a areanas verdades fuertes de aires y soles,
la que ve, y alza el instinto,
todo el coro de sus vivos y dramáticos alcoholes.
La que me llenó de rosas
y músicas y banderas,
la que me dió más resueltas las ideas generosas,
la que no enerva, disuelve y mata de lejanía,
la afirmativa, la vegetal,
¡la que es la mía! ¡la que es la mía! ¡la que es la mía!
marcha de frutas, albas y soles, ¡marcha triunfal!

(*Amauta*. Lima).

Libros y autores hispanoamericanos

Sobre un Cuestionario

CUESTIONARIO que plantea el "Rep. Am." a los escritores de América

Así podría quedar formulada la posible e interesante encuesta que a los escritores de América propone nuestro distinguido amigo don Alcides Arguedas:

1.ª—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?

2.ª—¿No lee el público hispano-americano, o no le interesan sus escritores?

3.ª—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

1.ª—Son muchas las dificultades que hay para que un autor hispano-americano haga grandes ediciones de sus libros. Creo que solamente los argentinos pueden ufanarse de ello. Por mucho que que se diga acerca del intercambio, creo que ha hecho falta en nuestros países que los escritores se interesen porque sus libros se distribuyan lo mejor posible. En México, donde hay curiosidad por conocer todo lo que se publica, el problema editorial merece observarse con cuidado. Las dificultades son de tal magnitud que cada autor apuntaría una nueva razón para explicarlas. Talvez habría que comenzar educando al público para que éste a su vez lo hiciera con los editores.

2.ª—El público de Hispanoamérica lee más de lo que se cree y en esto tiene razón Vasconcelos en las primeras páginas de su último libro *Indologia*. Lo que sucede es que se necesita que los escritores le hablen más de nuestra América y que lo obliguen a que no lea gratis.

3.ª—Nuestro público prefiere la lectura de los autores ya prestigiados—me decía hace poco un bibliotecario de esta capital,—y desconfía de los que van llegando; y es que se produce tanto que no hay tiempo para enterarse, ni siquiera por curiosidad bibliográfica, de todo lo nuevo.

RAFAEL HELIODORO VALLE

México, 1927.

Juan Parra del Riego



HABÍA en Parra dos poetas que alternaban en la realización de su obra, de modo sorprendente. Cuánta distancia separan sus *polirritmos* de sus *nocturnos*. En unos parece fundir su espíritu a la vibrante potencia de los metales y los músculos con el júbilo de sobrepasar los obstáculos del dolor terrestre hechos con la sustancia recia del planeta y en otros aspira por momentos a traspasar las honduras de la sombra angustiosa y desvanecerse en una embriaguez de distancia insondable y emborracharse angelicalmente con los licores celestes de la noche! En los primeros el goce brota del mundo externo, de la ardiente objetividad que lo contagiaba a cada paso que daba en la vía pública o entre el tumulto enardecido de los hombres, y en los segundos hay a trechos yo no sé que recogimientos silenciosos en que se toca trágicamente las oscuras olas del ser! Otro de sus mundos queridos fué el de las fantasías funambulescas. Payasos, pierrots, pruebistas, volatineros, alegrías de los circos, alegrías falsas, arrancadas por los hombres sedientos de un goce cualquiera, a unos pobres seres que tragan su angustia de cada día o esconden dolorosamente su vanidad minúscula, para dar la risa a manos llenas al niño candoroso que está acurrucado en un rincón de cada hombre grave; Parra penetró el fondo de ese mundo ubicado con un raro equilibrio entre la ilusión y la realidad, y del cual él conocía los más recónditos secretos. Alternan siempre alegría y dolor en sus poemas, de manera que se siente en todos ellos una gran presencia humana. Podía hacer alarde generoso de virtuosidad artística, pues estaba maravillosamente dotado para el dominio de la forma, Pero nunca quiso perderse en ese juego superficial y vacuo. Sintió la belleza como hombre, con seriedad, con hondura, con pasión tremenda y sacudida. No se negó a los gritos y a las heridas y muchos de sus versos queman como entrañas de amor. Pero sin afectar dolores continuos, él, que amaba poderosamente la alegría y la vida, no se negaba nunca a los temas jubilosos y aún a los asuntos ligeros y elegantes. El amor le arrancó su último manojo de poemas. Su libro *Blanca Luz* es de una ternura y de una limpidez que purifican. Publicado dos meses antes de la muerte, cuando su pasión estaba en el momento inefable de una absoluta realización, tiene yo no sé qué misterioso sentido de despedida juvenil y radiante de la vida.—Blanca Luz, Banca Luz, decían sus labios cuando la enorme sombra le entró hasta los sueños!

C. SABAT ERCASTY

La recordación de Parra del Riego.—En un medio más desarrollado artísticamente, de saturación estética más profunda, de más densidad cultural. Parra del Riego, el lírico exaltador de la vida moderna, el cantor de la actividad múltiple de nuestro tiempo, el idealizador de las máquinas y los deportes, de las luchas civiles por la libertad del hombre, y de las renovaciones de las cosas humanas, el autor de *El Motor Maravilloso* y *Canto al Football*, en cuya obra, alienta, con valor propio, el gran soplo witmaniano,—podría ser un poeta popularmente conocido y celebrado, puesto que su poesía encarna los elementos y las aspiraciones de la hora actual del mundo, y los motivos y las imágenes de sus cantos, con los que la multitud humana—cuya agitación de labor y de reivindicación, amaba—vive en la calle ruidosa de las ciudades, en los estadios, en los puertos y en los campos...

Pero nuestro ambiente es aún poco cultivado, estéticamente. para comprender ciertas manifestaciones modernas de la poesía, que no sean la vana exaltación patriótica, el gauchismo pintoresco o la letra de los tangos arrabaleros.

Así, pues, la recordación de Parra del Riego se traduce a los cenáculos de una minoría de artistas. No, tampoco, a todo el elemento intelectual y culto del ambiente, sino a una escasa minoría dentro de ese elemento, pues la mayoría es aún reacia a las modalidades actuales de la poesía, y permanece fiel al culto del academismo del siglo XIX.

El Futurismo de Marinetti ejerció sobre él una influencia indudable, evidente en su amor al dinamismo moderno, en su sentido del deporte, de la velocidad, de la idealización de la vida urbana, de la aviación, del cine, de cuanto encarna los modos de vida actuales.

Su futurismo, empero, supera en mucho al de Marinetti y su escuela, porque es más depurado, más emocional, más hondo, y no se limita a la exaltación de la vida exterior, puramente material, sino que se transporta al plano de la vida espiritual, y se convierte en dolorosa sensibilidad interior.

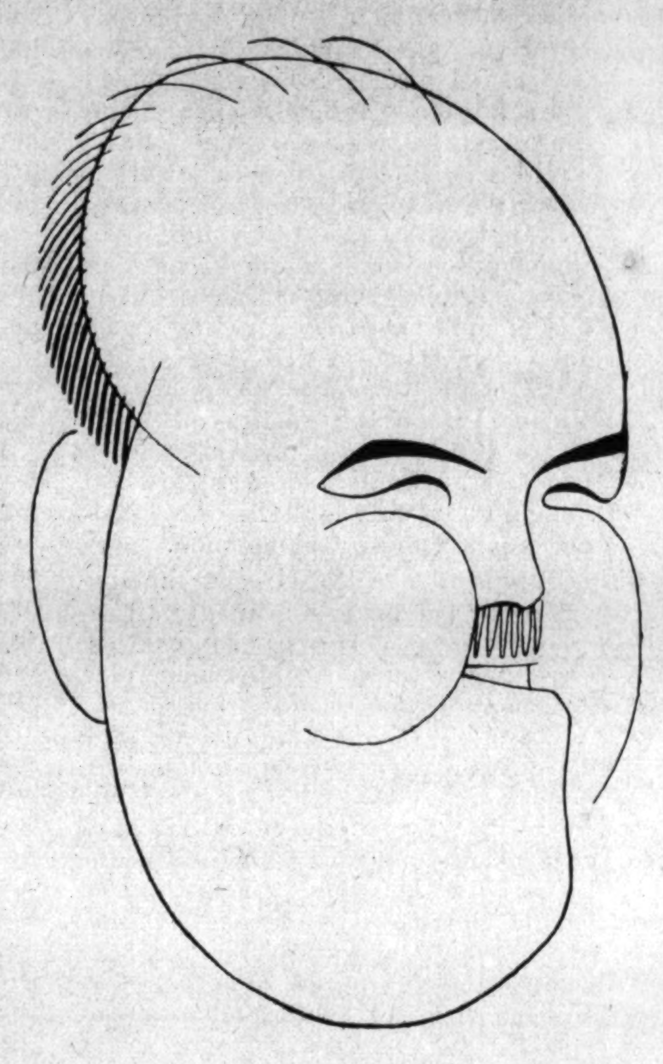
En la poesía de Parra del Riego es donde los elementos objetivos de la vida actual—dinamismo, maquinismo, sentido cósmico, transformación—adquieren más profunda significación espiritual,

Parra del Riego es—dentro de la poesía hispano-americana—el más completo representante de las tendencias de valorización estética de la realidad contemporánea, de metaforización del mundo renovado por las invenciones de la ciencia humana, Sus cualidades de comprensión de la realidad presente, de emotividad profunda y de imaginación creadora, han sido puestas de manifiesto en su libro *Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles*, que contiene algunas realizaciones magistrales, definitivas, que, como el poema *El Motor Maravilloso*, pueden afrontar, gallardamente el parangón con las mejores producciones de la poesía contemporánea mundial.

A. ZUM FELDE

Polirritmos.—Me gusta sobremanera la expresión, «polirritmos», «un polirritmo», aplicable a un género de composición poética, visada por ciertas notas de libertad de medida. Expresión que inventó si no me equivoco Juan Parra del Riego, poeta por uruguayo tenido, aunque oriundo del Perú. Y una de las más felices y generosas naturalezas líricas que hoy sirven a la musa hispana.

(Pasa a la página 267).


Alfonso Reyes
Visto por MARIBONA.

Reloj de Sol

(Simpatías y Diferencias)

Por Gabriela Mistral

NOMBRAR. Cosa fina, y hasta un poco secreta, esta de nombrar. Nombrando hacemos concesión sobre nosotros mismos. Así Alfonso Reyes en este subtítulo tan nuevo, tan sin ajadura, como todos los suyos. Donde otro habría puesto *Simpatías y antipatías* u otro adjetivo suavemente teñido de rechazo, él sólo pone: diferencia. Porque para él parece no existir el adversario—de tal manera tiene la amistad de cosas, ideas y hombres,—hecha primera y hasta segunda naturaleza. La hostilidad y la ira, esos productos americanos tan americanos como el llama o el salitre, se le vuelven difíciles como un repecho, y, al revés, el amor que para otros es domadura con sangre, le resulta una respiración holgada de pecho amplio. El no es un convencido de que el prójimo literato o iliterato sea un *semejante*, como decimos los cristianos; no necesita andar buscando semejanzas para amar a libro o a hombre. El diría; mi hermano el diferente con el mismo pliegue grande de sonrisa con que dice mi hermano el idéntico. Ha escrito: «Sacad razones de amistad de vuestras diferencias» y «La diferencia de sentir no es discordia»,

Siempre que se escribe sobre Alfonso Reyes hay que comenzar, aunque sea redundancia, con este elogio de su inteligencia macerada en los aromas de la cordialidad humana. Siempre que se busque para medalla americana el anverso del hediondo aborrecimiento, que es nuestra tónica, ha de levantársenos el alma aseada de inquina de Alfonso Reyes, para el reverso.

En 1926 Reyes ha dado a sus Españas—a las de aquí y a las del otro lado—tres, ni más ni menos que tres, libros: la *Ifigenia Cruel*, *Pausa* y este *Reloj de Sol*. Demasiado para nuestra pereza mongólica, bastante para el más atareado escritor de la Europa de pulsos continuos.

Un obrero apresurado al que nunca se le nota la prisa. Pura estética y pura cortesía, este disimulo de su vida hirviente. Reyes aparece siempre a sus amigos holgado de horas, entre su Legación servida en grande, su lectura diaria, de varón que se informa del mundo como pocos, y su obra literaria que no tiene espaciaduras. El duro trío de funciones se llena gracias a que Reyes es artesano del día y de la noche,

La *Ifigenia Cruel* quedará entre lo más enjundioso de nuestra poesía americana, que por cierto anda hoy rehuyendo enjundias tal vez por pobreza de nobles aceites; *Pausa* tal vez viene en segundo tramo de excelencias. Que otros más capaces que yo recomienden esos libros a los jóvenes; yo diré algo del *Reloj de Sol*, que por ser un conjunto de crónicas, puede ser comentado por cronista de buena voluntad.

En la serie de *Simpatías y Diferencias* (cinco volúmenes hasta hoy) Reyes entrega sus anotaciones a la vez rápidas y lentas de los días: lectura de libros, comentario donoso de sucesos menudos, simples charlas. Rápidamente escritas, lentamente recogidas, porque es el hombre de la sensación con largo saboreo. Dueño de su oficio como el que más, ya se da el gusto prócer de componer sin jadeo, pero nunca aceptará poner la prisa en la captación del motivo. Cuanto sale de su mano trae páginas, o trae, como tela antigua, tres tramas. Nada más distante que él, de nuestra improvisación americana.

Los asuntos de este libro se reparten en españoles y americanos. Hay una crónica llena de cariño y justeza sobre la *Residencia de Estudiantes*; hay unos acápites felicísimos, sobre los *Ramones* de la literatura española; hay un breve capítulo medular sobre los reformadores (*Vieja controversia*); un comentario agudo sobre la política en Azorín y un artículo sobre el oficio difícil de juzgar libros en las tierras de las quisquillosidades literarias más calamitosas: España y América.

Toda esa sección está escrita con la sabida limpidez que gobierna su prosa de esmalte.

Con todo, yo prefiero la otra. el *Correo de América*. Porque aquí Reyes se ha puesto a hacer uso legítimo de su magisterio para nuestros países. Maestro es él también. La América posee ¡a Dios gracias! maestros bien diferentes y hasta opuestos. Los jefes mentales uniformados son calamidad de cualquier pedagogía.

Alfonso Reyes, con un tono menor que disimula el magisterio, busca llevar a la gente americana hacia estas cosas: concordia en la vida ciudadana y en la literaria; ordenación en la mental; probidad y continuidad en la investigación; modestia en la atribución de los grados artísticos. Un poco es todo eso, castellanismo. Castellanidad es la hidalguía en todas las relaciones humanas y la corrección de abundancias en el hablar. Castellanos son el gesto sobrio, el traje sobrio, el amoblado sobrio, el sobrio bienestar y hasta el odio sobrio.

Bueno es, más que eso, excelente, que Alfonso Reyes se acuerde que tiene cátedra que servir desde Europa para la América y que escuche su turno, entre los demás y cubra su obligación. Lo que él da no está en las manos de aquéllos, cómo que los mensajes que Dios envía casi nunca se repiten.

Al revés del hispano-americano común, con diez años de Europa, al cual la América primero se le desfigura y después se le borra como una foresta de humo, Reyes vive en la presencia de la América, delante de ella, siguiéndole el dibujo cambiante, curioso de lo que en ella aparece con carácter de suceso, o sea de diferenciación, y que es digno de ser confortado desde lejos. Así hablaba hace tres años de Luis Franco, el argentino, y mira ahora hacia Villaurrutia y Gorostiza, los mexicamos.

Citémoslo un poco, con él la cita es casi siempre dichosa porque él pertenece a los acuñadores de síntesis y citarlo no le hace estropeadura.

Su *Carta a Alfonso Junco* es mejor una carta *al Poeta Joven*. El inició la costumbre de mandar hacia la América de tarde en tarde, una eficaz correspondencia que contiene severidad de consejo y gravidez de doctrina. Después de la suya, vino la comentada carta de Ortega y Gasset, *A un joven escritor argentino*.

...«Sin el ímpetu originario del Bien no hay arte posible».

...«El principio operante de la historia literaria—decía Brunetiére—se reduce al deseo de hacer otra cosa».

...«A la ternura insípida de la Religión debe Ud. preferir el sobresalto sagrado de la religión».

...«¿La serenidad? ¡Oh, sí! Pero la serenidad *a priori*. La serenidad es corona de las pasiones. Antes de ser amos del mundo tenemos que ser criaturas de la Vida».

...«Cada vez se castigará Ud. más (habla de la técnica del verso) *hasta que ya no sienta el castigo*».

Si nombrando nos confesamos, aconsejando, la confesión es plena, porque entonces señalamos lo que nos ha parecido excelencia. Reyes ha hecho en esta carta, suavemente exhortadora, confesión de tres normas suyas: la repugnancia del *arte usado* (sentimiento usado y forma envejecida); la religión como santa angustia que acicatea en nosotros a la bestia satisfecha de su plácida costumbre. Su serenidad es el aparente sosiego que se ve en el dorso de la mano cuando rige la brida: al fondo de ella está la golpeadura del pulso violenta. Mejor dicho, hay una serenidad que está domando minuto a minuto la pasión y hay otra estúpida que no contiene virtud porque nunca tuvo brega.

Como todo hispano-americano con letras a la espalda, él ha escrito *prólogo*, sólo que a diferencia de otros, él elogia sin adulo feo y deja caer su miga sabrosa de doctrina.

La *Carta prólogo a Médiz Bolio*, se halla entera vertebrada de doctrina acerca de una nueva literatura americana.

...«Buscar el pulso de la Patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; *pedir a la brutalidad de los pechos un sentido espiritual;* descubrir la misión del *hombre mexicano* en la Tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y a las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo».

...«Es verdad. No hemos encontrado todavía la cifra, la unidad de nuestra alma. Nos conformamos con sabernos hijos del conflicto entre dos razas».

Habría que citar las dos terceras partes, del prólogo: la vena de oro cobra a cada página la anchura del lingote. Introducciones como éstas a un libro, duplican la obra. Ojalá el lector de Reyes se sienta invitado a buscar ese libro admirable de Médiz Bolio que se llama *La tierra del venado y del faisán*. Yo empiezo a creer que el folklore americano, empezando por el *Martín Fierro* y acabando por *los Mitos Chilenos* recogidos por Vicuña Cifuentes, constituyen la literatura mayor de la América. Ya vendrán los exploradores dichosos de semejante tesoro, que ha desdeñado neciamente nuestra generación.

Tampoco sabe Reyes hacer un discurso de banquete sin añadir al cariño del camarada unos cuantos exaedros salinos de conceptos generales. Así su *Despedida a José Vasconcelos*. Yo lo miro con una mano puesta sobre el festejante, en el ademán del compañero de escuela, y la otra señalando con olvido de la sala mundana, hacia el horizonte que aquí es, naturalmente, la tierra de Anahuac. Bien sabía él cuánta complacencia daba al hombre desdeñador del minuto y cuidador de la época, y de la eternidad, que es Vasconcelos, con hablarle de esta manera:

...«En el ocio todos somos iguales. Tú, hombre activo por excelencia, has tenido que acentuar tus perfiles, que provocar entusiasmos y disgustos».

«Te has dado todo a tu obra—buen místico al cabo—poseído seguramente de aquel sentido teológico que define San Agustín al explicarnos que Dios es Acto Puro».

...«Te has desenvuelto en un ambiente privilegiado en cierto modo, pero en otro funesto y peligrosísimo: removidas profundamente las entrañas de la Nación, parece que toda nuestra sangre refluye a flor de la piel, que todas las fuerzas están movilizadas, que se puede hacer todo el Bien y todo el Mal. Pero cuando se puede hacer todo el mal, ya no es posible —a pesar de la tentación apremiante—ya no es posible hacer todo el Bien. Ese es el dolor de la Patria y esos han sido, así mismo, tus propios tropiezos».

Cierra el libro con una especie de carta-testamento dirigida a Díez Canedo y Jenaro Estrada, en la que dispone de sus papeles inéditos y también de los otros, con la misma sagrada minuciosidad con que se distribuye la hacienda a los hijos. Hombre escrupuloso por excelencia, que no vive al día, ni aturdido por el suceso cotidiano, él ha querido evitar los apresuramientos torpes de la última hora. ¡Hace bien! Todos sabemos el grave peligro que existe en que sobre una herencia literaria caigan o los buitres o los tontos, los primeros a inventar libros inéditos que explotar; y los segundos a ensamblar zurdamente materiales heterogéneos. Como cualquier novedad en los usos nuestros, este testamento provocará extrañeza. Sin embargo, resulta perfectamente natural en el hombre henchido de conciencia, conciencia humana y artística. Quien mucho cuidó el verso dentro de su mente y fuera de ella, lo cuida también para su larga vida.

Es menos leído en América que en Europa Alfonso Reyes. Resulta impopular en nuestro continente un hombre que predica la disciplina tenaz, en vez del gozoso desorden, y ni cual importa muchísimo más contornear su alma antes de sacarla al espejo del libro, que anticipar en el libro un alma vaga e inorganizada. Maestro difícil Alfonso Reyes. Convida a empresas lentas y graves. Cuando nos haya nacido una generación amante de heroísmo en el verdadero sentido de esta palabra, o sea amante de faena costosa y larga, habrá llegado la hora de Alfonso Reyes en América, su meridiano habrá madurado como un fruto. Por ahora, hagamos una especie de clasificación de *guías*, en maestros de *facilidades* (entusiasmo sin principios, fervores generosos y aturdidos) y maestros de *dificultades* (rigor para pensar, rigor para purificarse, rigor para elegir).

(*El Mercurio*,
Santiago de Chile).

Hace poco despidieron con una comida, y fiesta literaria a la vez, a Alfonso Reyes, en París, literatos amigos, franceses e hispanoamericanos (Gabriela Mistral, Gonzalo Zaldumbide, Francisco García Calderón, el Profesor Martineche, Julio Supervielle etc.) Gabriela Mistral dijo entonces estas buenas palabras, que hacemos nuestras:

Se va Alfonso Reyes y lo despedimos, franceses, peruanos o chilenos, como criatura propia, con cuya honra se nos añade alegría y con cuya pena se nos ofende o se nos roba. El ha hecho su trabajo callado y seguro de ganarnos la estimación y el cariño por iguales partes, como los costados de un mismo fruto. Y cuando digo trabajo, no digo búsqueda anhelante ni apetito de tenernos, que esas son torpezas y brusquedades que no conoce la mano, tan delicada, de este gran *pudoroso*. Nada de arrollamientos feos en este hombre en que el único modo de presión, en la literatura como en la vida, es una superioridad *natural* que toma su sitio, como el árbol en la atmósfera, *sin ruido ni desorden, con la complacencia de la luz y del espacio.*

Reyes ha logrado una cosa difícil como un repecho: hacer estimar del europeo al *muy discutido hombre de la América española*; hemos sido empinados en él, en sus capacidades y en su hidalguía. Le debemos, ni más ni menos, que el haber dado testimonio de nosotros, el haber sido nuestra prueba irrefutable.

Suele decirse que la América no inglesa tiene al individuo por debajo de *su geografía y de su economía*, que valemos *muchísimo menos* que el caucho del Brasil o la esmeralda colombiana; se asegura que entre nosotros la planta fué verdad siempre, pero el individuo no lo es todavía. Por ello resulta una sorpresa para el europeo cuando el hombre de allá le aparece tan sólido y tan fino como sus maderas preciosas.

El ha definido alguna vez, conversando, al diplomático: «Debe ser un hombre, nada más y nada menos». Esa cosa, terriblemente sencilla, ha querido ser él. Crear conjuntamente la relación política, la económica y la mental, parece empresa dura, y cuando menos *muy lenta*. El la ha cumplido con una facilidad gozosa, sin tono épico de graves trabajos de Hércules. Así ha rematado su misión de dos años y es bueno ver un tipo, también en política, de este trabajo casi estético, *sin desgracia y sin violencia*. Y aquí estamos para celebrar el final de su misión, como una muestra del éxito limpio, honestísimo y cabal. Ninguna envidia para el jugador leal y nada tampoco de mano manca para apuntarle la cifra alta. Su prestigio diplomático ha venido a ponerse al lado de su fama de escritor, firme y *bella como un marfil*.

Alfonso Reyes se ha llamado en un libro suyo «el cazador», y se nombró bien, lo mismo como artista que como hombre. ¡Qué oreja labrada para oír lo delgado y lo rudo, trajo él, y ha usado en este mundo! Los clarines, a veces tan agudos que punzan el cielo, de su revolución mexicana, no le han asustado el alma civil, ni lo han ensordecido tampoco para gozar después el sonido esbelto y ondulante de su Góngora. Y del cazador, el ojo brillante de atención, que se aprende el paisaje extraño como un nombre y que se voltea a cada salto de la luz. Y la paciencia del cazador, y *el ser contenido y palpipante a la vez delante del suceso*, y el recoger la presa sin grito, *como cosa que le estaba destinada desde antes del tiempo*. Virtudes de cazador, virtudes de raza vieja, azteca o española, que trae sus sentidos sagaces desde muy lejos. Tiene cazada, y se lleva consigo, en cada partida, la tierra que vió, como perdiz jaspeada o faisán ardiente. *No sabe pasar por las patrias de los hombres sin amárselas.*

Así se va ahora con su Francia *bien tibia y bien señalada*, sobre el pecho, donde, a cada paso que dé por el camino nuevo, le golpeará, con suavidad. *Como la linda presa al cazador que la carga.*

Digamos, para no entristecernos, que lo damos en *préstamo* como una materia preciosa, para que otros también reciban de él ese latido claro de la probidad y esa onda muy suave, pero muy vigorosa, de purificación que él envía a los demás, cuando quiere, *y también sin quererlo*. Así se presta sin dación a los mejores; son el grano, doméstico y sin embargo divino, de esa sal que debe dar, según Cristo, sabor *al desabrimiento del mundo.*

Vaya a donde vaya, verá siempre esta fiesta de *la consideración superior* y del cariño, en torno suyo. Donde quiera hablar, será maestro de jóvenes, y amigo buscado de *viejos doctos*. En cualquier parte dirá la palabra precisa, sin exageración de malicia ni de soberbia, que convence sobre su México agrario, que ha dividido el suelo como la luz, *para salud común*, y del México de las 10.000 escuelas, que hacen la pulsación más rápida de la cultura española.

Sea bueno el mar y segura la otra orilla para nuestro amigo.

El se lleva también algo de mi alegría en su mujer *firme y clara*, tan propia para el símbolo de la americana del Sur, grata para mí de mirar *como tierra espaciosa*, y que da a su compañero la seguridad de la tierra misma que no sabe disminuirse, porque su encargo *es el de dar certidumbre a su dueño.*

Y, para terminar, una explicación: me han encargado estas palabras los escritores hispano-americanos, para despedir a su compañero ilustre, porque las mujeres como los niños recibimos siempre, *hablando u obrando*, una clemencia fácil y *un lindo perdón* inmediato.

(*L' Amerique Latine*. París).

Juan Parra del Riego

(*Viene de la página 264*)

Mejor dotado no lo ha habido quizá entre los pertenecientes a la promoción de la Trasguerra en una y otra orilla del Océano; cuando el ideal estético parecía consistir en la audacia de la metáfora junto con la anarquía de la cadencia. Entre todos, Parra del Riego se destaca por cierto personal empuje de vibrador dinamismo tan abrupto para la celebración de las embriagueces panteísticas del paisaje como de los estímulos exultantes del deporte y que se traduce en estimulantes de gran *fiato*, materia a una declamación heroica... He tenido ocasión de oir alguna vez al propio autor declamar sus poemas bajo enseña de futurismo. Espectáculo que no se me olvidará facilmente. Con algo de Rubén Darío, aplastado en la figura, Parra del Riego, recita precisamente al revés que Darío.

Lo que en éste era como un adormecerse en una butaca de ensueño, en el de ahora es como un saltar sobre un trampolín de presencias. Si Darío paladeaba su fonética, Parra del Riego aclama sus imágenes. Este es un poeta de aspiración si aquel era de inspiración. A éste le oirán los sordos, si aquel parecía confesarse con su Angel de la Guarda.

EUGENIO D'ORS

(De *Poliedro*. Lima).

Carta al Sr. Guillermo de Torre

Muy señor mío:

No teniendo el gusto de conocerlo sino por algunas de sus obras, poco es lo que me autoriza a dirigirme a usted con estas líneas. Pero si no conocerlo o tan mal conocerlo me lo prohibe, usted mismo me estimula y me presta de antemano una disculpa. No conoce usted a los poetas mexicanos y, sin embargo escribe sobre ellos. El trato de una cosa reduce la distancia que le separa de uno; pero a veces acaba de alejarla. Esto me enseña usted con su artículo *Nuevos Poetas Mexicanos* publicado en el número 6 de *La Gaceta Literaria;* esto es lo que me da confianza de escribirle. Y no me atrevo siquiera a pedirle perdón de una vez, porque usted mismo habrá de comprender al fin que ha sido usted quien ha tenido la culpa.

La distancia ampara su juicio de los nuevos poetas mexicanos; pero a los nuevos poetas mexicanos no los ampara de su juicio. Empiezan por parecerle *personalidades homogéneas* y cuando trata, después, de distinguirlas y clasificarlas, tal parece que los mira usted al revés, como si se hubiera servido de una lente o de un espejo sin corrección personal. En las alabanzas que hace al único poeta que halla gracia en sus ojos, me da usted el ejemplo de cómo la cercanía puede permitir el error inverso; pero al directo puede corregirlo. Permítame usted, pues, que me aproveche de esta discutible ventaja—la de estar cerca de ellos—para hacer la necesaria rectificación de sus apreciaciones.

Ya parece que tuvo usted en sus manos la conferencia de Xavier Villaurrutia que, según expresión de usted, es poeta allí «desdoblado incidentalmente en crítico». De esta fuente—muy apreciable—su atención tuvo preferencia para distinguir la calificación con que reúne a los nuevos poetas mexicanos: «un grupo sin grupo» y cuya intención, demasiado visible, es la de reunirlos en su distinción colectiva contra sus «antecesores», pero separlos perfectamente dentro de ellos. Usted los vuelve a agrupar a su manera y después los separa a su manera, y a su manera los vuelve a agrupar por tercera vez. Esta manera de crítica por «desdoblamiento», señor de Torre, tiene el inconveniente de que, a su término, ha dejado a su objeto tan lleno de dobleces, que puede entonces parecer la imagen «duple», triple o cuádruple de una poesía «ultraísta», pero no un dibujo preciso y claro. Y esto es más penoso en cuanto se adivina que, a pesar de que les imprime usted «el desboblamiento que requieren nuestros ojos—(los de usted)»—acaban, al fin, por no caer en su agrado.

Es cierto que usted mismo se disculpa en el comienzo de su artículo, y con pintoresco modo hace notar que «la escopeta de su curiosidad no ha cobrado todas las piezas documentales necesarias», «que sólo posee unos cuantos libros» y que todo lo hará «barajando sus páginas». Tan bien las baraja usted, señor de Torre, que atribuye a Pellicer el fragmento de un poema de Novo. Promete usted para otra ocasión hacer una delineación de sus perfiles completos. Después de la cacería sumaria que hace usted ahora, es de desear que dirija usted la escopeta de su curiosidad por otro rumbo.

La tímida ironía es cosa que no explica la distancia. ¿Qué le impide esconder su opinión sobre los antecesores de los nuevos poetas mexicanos? Aquí mismo en México está en el aire lo que usted detiene todavía en su sonrisa; se sabe muy bien cuáles son los lugares que ocupan Urbina, Tablada, Nervo, González Martínez y López Velarde; y en cuanto a Díaz Mirón, usted no ignora que se le pondrá, con el homenaje que se le prepara, en el definitivo lugar que merece.

En los poetas jóvenes encuentra usted, como en sus antecesores, un «sostenido sentimentalismo de tono medio». Las innovaciones las hace usted radicar únicamente «en la técnica, en la estructura verbal». «Enfrontémonos (sic)» con ellos, señor de Torre, por segunda vez, «empezando por la obra de uno de los poetas que más han avanzado—relativamente—en estas exploraciones». La prosa de Salvador Novo la considera usted de «oriundez periodística»; sus versos le parecen todavía inferiores, menos diestros que su prosa. Y prefiere usted referirlo a sus influencias norteamericanas: «Ezra Pound, Sherwood Anderson, Vachel Lindsay...», dejando, seguramente, en los puntos suspensivos el nombre o los nombres justos que necesita. «Su oriundez periodística» no le recuerda a usted ni al Duque Job, ni a Micrós, ni a Larra—estoy segurísimo que este último no es mexicano—. Lo burlesco no es lo mismo que lo humorista y es fácil descubrir en sus *Ensayos* ironía de la más pura forma de sátira. Esto es lo que guarda a Novo de no avanzar «en las exploraciones» donde usted quisiera verlo más adentrado. No toca al «imaginismo», a ningún «ismo» fusional por sorprendente que usted lo considere. Y de su poesía se le escapa esa fina sensibilidad, esa calidad fría que, no dudamos, es lo que lo salva de ser un deudor suyo.

Carlos Pellicer, por poca atención que se le preste, no presenta «una fisonomía pareja» a la de el Salvador Novo. Pero usted lo logra prestándole sus poemas; este es un medio muy eficaz, pero muy poco convincente. Sin embargo, a él sí le concede la técnica «imagista» del día. Tengo miedo que esta técnica sea la personal de usted; pero, si se da este caso, su error es también considerable, y con todos los pecados de Pellicer—que no son muchos—no creo justo que se trate de convertirlo en una resonancia, así sea tenuísima, de la poesía de usted.

Esto sí le es permitido en lo que se refiere a Quintanilla, a Maples y a Lizt Arzubide. Suponemos que el poco aprecio que hace de los dos últimos es una compensación de cierta nota con que alargó usted su libro *Las Literaturas Europeas de Vanguardia.*

«Y hemos aquí en la ribera opuesta». Su balbuciente ironía encuentra oportunidad de volver a asomarse en el caso de Torres Bodet. Pero ¿por qué le niega usted la inquietud en «la pesquiza de normas distintas» a las tradicionales? Si es por dejarlo definitivamente en esa «ribera opuesta», tomo su frase como un justísimo elogio.

Cuando dice usted que Villaurrutia es un «jaiyin, como buen mexicano y filial *tabladista*», entonces llego a sospechar que no es una inocente equivocación la que lo confunde, sino mala fe, cuyos orígenes ocultos tengo la obligación de respetar. También Juan Ramón Jiménez y Alberti también y García Lorca tienen poemas cortos; ¿esto da derecho para tenerlos como buenos mexicanos y filiales tabladistas? Nada más lejano del hai-kay que las poesías de *Reflejos.* Sin embargo, debo reconocer nuevamente la maestría con que sabe usted disminuir las distancias.

Y en Gorostiza, por fin, el rigor lo tiene como un compromiso inconveniente, la disciplina, el gusto estricto, dirigido a la mejor tradición española, como una limitación peligrosa para su juventud. Se muestra usted exacto en la distinción de sus cualidades; en su estimación se muestra usted ligero, si fiel a las normas—¿pueden llamarse normas?—de la única poesía que quiere usted poner dentro de la hora presente, cuyos ejemplos clarísimos son sus propios poemas y de la prosa de esdrújulos con que usted mismo escribe esta clase de artículos, a que es contestación esta carta, y que son los argumentos que nos inclinan cada vez más a persistir en este mexicanismo que corre el

riesgo de alejarse para siempre, al caer dentro de formas clásicas, de la atención que defiende usted con sarcasmo tan afilado, cuando pudo dar la ilusión de que la entregaba con desinterés afectuoso.

Soy de usted atento servidor,

JORGE CUESTA

México, 9 de abril de 1927.

Sobre las dictaduras: Entre Lugones y Araquistain

=De *1927*, revista de avance. Habana.=

RECIBO ahora y aquí, en la Habana, con grandísimo retraso, el REPERTORIO AMERICANO, del 22 de Enero, donde aparece una carta del señor don Leopoldo Lugones a don Joaquín García Monge, director de la admirable revista de San José de Costa Rica, contestando a unas declaraciones mías que publicó *La Democracia* de San Juan de Puerto Rico y transcribió el REPERTORIO. Me lo envía un querido amigo con la justísima calificación siguiente: «¿Leyó usted estas hiperestesias de Lugones?».

Sólo un hombre, ciertamente, que no es dueño de su sensibilidad puede escribir estas palabras: «El señor Arásquistáin me ofende, sin embargo, personalmente, a una distancia y en condiciones que me permiten dudar de su capacidad para sostenerlo». ¿Y cuáles son esos mis tremendos agravios que, en opinión del señor Lugones, yo no soy capaz de sostener? Deben estar en el párrafo que sigue, puesto que el propio señor Lugones lo reproduce de la entrevista mencionada:

«Leopoldo Lugones es un excelente «poeta y un mediocre político. Un poco «femenino, como algunos poetas, siente «el culto de la fuerza sin derecho. Pero »no hay que tomarle demasiado en «serio. Es uno de esos hombres que «no hay necesidad de rebatir; con el «tiempo, indefectiblemente, se rectifi- «can a sí mismos. Esperemos que la «veleta de su pensamiento vuelva a «señalar nuestro norte. La veleidad «puede ser una buena musa lírica, «pero nunca un principio de sólido «pensamietno político».

¿Donde está la injuria como la califica el señor Lugones? No en llamarla mediocre político, porque el señor Lugones niega que lo sea. Tampoco en atribuirle veleidad de opiniones, porque veleidad quiere decir inconstancia y él mismo admite haberlas cambiado. Como no haya visto ofensa en lo de suponerle un poco femenino, no comprendo qué puede haberle ultrajado.

Pero tampoco hay ultraje en aplicar, psicológicamente, el concepto de femenino a un hombre. Puede ser femenina la psicología de un hombre y tener perfectamente organizada su fisiología de varón.

El señor Lugones, que gusta alardear de helenista, conoce seguramente la idea platónica del amor: los sexos separados aspiran a unirse para realizar el sexo único de que proceden. En rigor, no hay sexos absolutamente puros. Cada sexo es una mezcla variable de masculinidad y feminidad. En todos los hombres hay elementos femeninos, y en toda mujer larvas viriles. La tragedia o tragicomedia empieza cuando un sexo está dominado por los caracteres del contrario.

Decir, pues, que el señor Lugones es un poco femenino no significa ni en la palabra ni en la intención querer afrentarle, porque, repito, eso puede decirse de todos los hombres, sin dudar de su varonía. A lo sumo, quise sugerir que, psicológicamente, es un poco más femenino que la mayoría de los hombres, fenómeno que es frecuente entre artistas y que acaso explica la veleidad en el pensamiento y la conducta de esa clase de naturalezas.

Tal vez los hombres somos injustos con las mujeres al imaginarnos que los rasgos distintivos de la feminidad son, entre otras cualidades, el subjetivismo, la vanidad y la admiración de la fuerza física; pero si, provisionalmente al menos, aceptamos esa caracterización, observe el señor Lugones, sin que me mueva el menor propósito de ofenderle, cómo en esa misma contraofensiva epistolar que me lanza desde el REPERTORIO AMERICANO abundan los trazos psicológicos femeninos.

El señor Lugones no comprende, por ejemplo, que no habiéndome inferido daño alguno, ni mediado entre nosotros enemistad alguna, ni relación personal de ninguna clase, yo combata sus opiniones políticas por un sentimiento de *objetividad*. Indirectamente da a entender que si yo le impugno, ha de ser por algún oculto rencor o despecho, quizás por lo que insinúa a renglón seguido, por no haberse ocupado nunca de mis obras literarias y políticas. El señor Lugones no puede concebir más que motivaciones *subjetivas*. A eso le llamo yo ser femenino.

Demos ahora vuelta a la oración. El señor Lugones ignora mis obras y esto realmente es para consternarse, porque si un personaje literario según la novísima eutrapelia estética de Pirandello y antes de Unamuno (véase su *Niebla* y su interpretación de don Quijote), vive independientemente del autor, un autor no puede existir sino en los demás hombres. A Robinson le concebimos haciendo de todo menos literatura. Pero un escritor que no viva en los demás es un Robinson literario, una entelequia sin realidad objetiva. ¡Qué duda, Dios mío! Si el mundo estuviera poblado de Lugones,

¿no sería yo un Robinson de las letras?

Por fortuna, el propio señor Lugones viene a sacarme de la isla de mi inexistencia. Yo nunca me había preocupado de que el señor Lugones se ocupara de mí; su estimación o desestimación me han sido siempre indiferentes, porque entre nuestros intelectos no puede haber sino desafinidades refractarias; pero lo que no consiguieron mis obras ni mis artículos de *La Nación* de Buenos Aires, donde juntos colaboramos, hombro con hombro, desde hace más de veinte años, sin que el señor Lugones se enterase de mi existencia literaria, cosa que a menudo les ocurre a los viejos respecto de los hombres que son una generación o dos más jóvenes, lo han logrado unas humildes declaraciones en Puerto Rico, hechas sobre el pie forzado de una pregunta acerca del escritor argentino, de quien, sinceramente, no me acordaba en aquel momento más que del archipámpano de Sevilla. Ha bastado un leve rozamiento en su vanidad para que generosamente dé fe de mi vida—¡gracias señor Lugones!—. A eso le llamo yo ser femenino.

También es un signo de feminidad psicológica suponer, como el señor Lugones ha supuesto seguramente, pensando en sí mismo, que había de herirme al decir que no conoce mis obras. Probablemente salgo ganando con ello, tanto por el temor constante de que los demás, al conocer mis escritos, participen del poco aprecio en que yo mismo los tengo como por estar seguro de antemano de que, así fueran los más geniales, nunca podría penetrar en su esencia el señor Lugones, y no ciertamente por falta de talento, que lo tiene y bien copioso, sino porque hablamos, en la misma lengua, dos lenguajes ininteligibles. Y quien no ha de entender una cosa es mejor que la ignore a que la entienda mal.

¡Qué no daría yo, que probablemente tampoco comprendo al señor Lugones—y no sólo por los galimatías de estilo que sin duda por travesura humorística, suele a veces intercalar en sus prosas—, qué no daría yo por no haber leído nada después de sus *Montañas de oro*, cuando todavía coqueteaba con el liberalismo absoluto, o sea el anarquismo! Conservaría la imagen pura de un buen poeta, tal vez más rico en metáforas que en emoción humana, y de un liberal un poco simplista. Pero al contrastar aquella imagen de hace más de cuatro lustros con la realidad que ahora veo en el señor Lugones, me parece que sus *Montañas de oro* han repetido con su propio autor el parto orogénico de la fábula.

El señor Lugones ha abandonado el anarquismo, pero no el simplismo político, que ahora es adoración de las dictaduras militares. Este culto de la fuerza es, en mi entender, otro síntoma de feminidad psicológica. El señor Lugones cree que las espadas van a salvar al mundo. Buena pro le haga. Y el Sr. Lugones, que tanto se queja de ser mal interpretado, no concibe que las dictaduras militares tengan otra alternativa que una democracia simplista como la que él piensa, atribuyéndosela a los demás. Si le quedaran tiempo y modestia para enterarse del pensamiento ajeno, ya sabría que para mí, como para muchos otros, la democracia es una idea infinita cuya realización buscan los hombres por innumerables caminos, incluso por el de la dictadura. Pero no por el de una dictadura histriónica, como la de Italia, ni por el de una dictadura inepta, como la de España, sino por el de una dictadura inteligente, como la de Rusia, en la cual se está incubando una gran democracia futura, como la democracia francesa se incubó en la dictadura de la Revolución francesa. A mí no ofende la dictadura sino cuando es estúpida y cuando en vez de preparar la elevación del ciudadano a la categoría de hombre, tiende, al contrario, a sujetarle ilimitadamente a la condición de súbdito, de siervo o de paria. Hay dictaduras libertadoras y dictaduras opresoras. Esta es una distinción que el señor Lugones no concibe o la concibe al revés.

Y ese simplismo democrático que ataca el señor Lugones sólo está en su mente. Por lo menos, no en la mía. Desde hace años vengo combatiendo el sistema de gobiernos parlamentarios del tipo francés, y abogando de una parte, por los gobiernos presidenciales y, de otra, por los Parlamentos sindicales, buscando, en fin, nuevos caminos, de realización a la idea infinita de democracia. Pero el señor Lugones no quiere enterarse. Hay que rozar la epidermis de su alma inconstante para que abra los ojos al pensar ajeno, aunque mucho dudo que abra también el entendimiento.

En cuanto a eso de que si él fuera demócrata español, se quedaría en España a luchar de frente contra la dictadura militar que allí domina, es —permítame decírselo—una tontería impropia de su talento, aunque no de su ingenuidad política. Hay muchos modos y muchos lugares para luchar contra las dictaduras. Lea las historias de las revoluciones, si el buen sentido no le basta. Lea la historia de su propio país. Con esa teoría, a Martí le hubieran fusilado sin salir de Cuba, y a Lenin y Trotsky sin salir de Rusia. Yo no he venido a organizar la revolución en España desde América, ciertamente, entre otras razones porque son muchos los americanos que, como el señor Lugones, ven en el chafarote de Primo de Rivera el símbolo del estadista perfecto, y de los españoles no se diga; pero si me propusiera hacerla, no iría, créamelo, a prepararla en un café de la Puerta del Sol, aun a riesgo de contradecir la donosa táctica revolucionaria del señor Lugones.

Finalmente, como yo no quiero causar ninguna molestia personal al señor Lugones, si le es enojoso el calificativo de femenino, aun aplicado sin la menor intención ofensiva y sólo en un sentido estrictamente psicológico, délo por retirado, pues son sus ideas y no su persona, digna de todos mis respetos, las que combato.

LUIS ARAQUISTAIN

Habana, Marzo de 1927.



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

Los nidos

Un nido no es más, si se le considera bien, que la seductora mansión que construyen dos aves que se aman para vivir solas y más tarde cuidar, enamoradas, de sus polluelos. Ya sea en lo más escondido del Rosal en flor, ora bajo las amplias hojas del sonoro Plátano, o bien en la espesura del matorral perfumado, aquellas dichosas parejas fabrican sus casitas aéreas con tal arte, con gusto tan delicado, que el Hombre se complace en admirarlas con estremecimientos de anhelo, pero es incapaz de ponderar su mérito. Esos palacios en miniatura, sin sujeción a las leyes del dibujo, de un orden arquitectónico especial y fantástico, son la manifestación explícita de los festivos devaneos característicos de la Naturaleza, que se enloquece con el Amor, señor de lo creado.

Verdad es que el sentimiento estético no es igualmente refinado en todas las aves, pero eso mismo hace que la variedad casi infinita de sus construcciones proporcione las más gratas sorpresas al hombre contemplativo.

Cada especie de aquella maravillosa clase de animales tiene un estilo propio para fabricar su nido, y en ello se ocupa cuando llega la época de procrearse, con todas las energías y constancia que tan seria tarea requiere.

Desde el más humilde y primitivo asilo para su prole, hasta el más lujoso y complicado, el pueblo del aire exhibe todas las gradaciones progresivas tendientes a un ideal perfecto.

Veámoslo.

El Avestruz—*Struthio Camelus* de los zoólogos—ave corredora del Desierto, es el constructor menos artista. Grandullón y desgarbado, es también inhábil y tosco. Llegado el tiempo de la reproducción, cava con sus patas en la arena una cavidad donde deposita sus huevos, que el sol se encarga de incubar mediante una atmósfera caldeada, casi incandescente, pues la madre los abandona y casi siempre los olvida.

El Gorrión americano—pajarillo del género *Fringilla*—coloca su nido en medio de las ramas, a modo de una semi-esfera de pajas entretejidas cuidadosamente con tallitos flexibles y hierbecillas menudas. El Mayo—*Merula maialis*—común en los alrededores de Medellín, hace el suyo de tierra húmeda entremezclada con briznas de hierba y raicillas fibrosas, el cual se endurece como un cacharro de arcilla. Ha dado el ave ya un paso de progreso en el arte de las construcciones caseras.

Un pajarillo tenuirrostro, verdadera maravilla de la Creación por su belleza, el Colibrí—del género *Trochilus*—se distingue por el esmero, delicadeza y buen gusto con que edifica su retrete de amor en la extremidad de una hoja oscilante o en la penumbra misteriosa de un ramo florido. Es una copa realzada interiormente con la borra sedosa del Balso o la nívea del Algodonero y que, cuando duerme en ella la pareja de desposados, parece rebosante de piedras preciosas: rubíes, topacios, granates, esmeraldas.

Hay pájaros que construyen sus nidos colgantes como hamacas, y se deleitan en dejarse mecer pausadamente durante las noches de luna, soñadores y tranquilos. Uno de ellos es el Turpial de nuestras arboledas—*Icterus melanopterus*—el cual suspende su vivienda casi siempre bajo la umbrosa hoja del Banano, entretejida de pajillas finísimas; desde ella deja escapar, en las mañanas serenas, melodías vehementes, de infinita ternura. Otros, son los Gulungos—*Cassicus cristatus*—que forman en los climas cálidos verdaderas colonias, ciudades aerostáticas consistentes en centenares de nidos suspendidos de algún gigantesco Carbonero: desde lejos se les mira en pintoresca agrupación como lámparas que cuelgan del techo de un palacio de hadas montañesas.

Viven en los contornos del Cabo, en Africa, unas avecitas particulares de esa región, que los franceses denominan Republicanos—científicamente *Loxia socia*—que fabrican sus casas de un modo excepcional. Se reunen miles de parejas y, de común acuerdo, eligen un árbol y construyen al rededor de su tronco, con juncos entrelazados de hierbas y de pajas, una especie de parasol, o techumbre en cuya periferia se muestran las puertas de los cuartitos donde mora aquella multitud de demócratas ciudadanos del aire.

Finalmente, es un prodigio de belleza el grácil nido de un pajarillo del Asia, el *Sylvia sutoria* de los autores. Como le persiguen ordinariamente enemigos voraces y fuertes, le es preciso esconder su habitación a las miradas de aquéllos, ávidas, feroces. Vuela a un Algodonero, recoge cierta cantidad de vello textil; hila una parte, valiéndose de las patas y del pico; con éstos, cose con precisas bastas una hoja resistente con otra adherida a un árbol, y forma así una especie de cucurucho cuyo fondo rellena con los residuos de algodón. Es un eremo donde podrá entregarse con su amada a los goces íntimos de sus etéreas bodas.

Paréceme que este artista volador ha llegado casi al límite del ideal a que aspirarán los arquitectos de la gran nación alada.

JOAQUÍN ANTONIO URIBE

(*Cuadros de la Naturaleza*.
Medellín, Colombia).

La fiesta del trigo

El rastrojo

Las espigas, ya listas para la siega, dan
bajo el viento una especie de abejeo sonoro.
El rastrojo, cocido al sol, rescoldo de oro,
tiene el color y tiene casi el olor del pan.

La perdiz

Alza el canto del surco, convidando en la aurora
a la fiesta del trigo. Es Ruth la espigadora.
El pañuelo de moño, el vestidito overo,
el pie desnudo, el paso menudito y ligero,
llena de gracia simple y esquivez turbadora,
sisa a los segadores. Es Ruth la espigadora.

La espiga

La ves alzarse al cielo, temblante, grácil, sola,
con pureza que no hallas en ninguna corola.
Al sol, que la bendice con fraternal cariño,
muestra sus granos como una madre su niño;
sufrida, el peso de oro de ese su fruto aguanta,
pero levedad de oro tiene su gracia santa.

La ves alzarse al cielo, temblante, grácil, sola.
Las aristas radiantes le han puesto una aureola.

Rep. Argentina. LUIS L. FRANCO

Una intolerable tutela

Poco a poco está formulando el presidente Coolidge, ante los periodistas que lo escuchan en silencio y ante el universo que lo lee con asombro, una doctrina de tutela integral sobre la América, que es imposible pasar inadvertida.

Hace menos de una semana se proclamó desde la secretaría de estado el principio inaudito de la intervención preventiva, de la ocupación militar de territorios ajenos por la sola razón de que en ellos «pueden» sufrir perjuicios los intereses americanos. Intervención que queda sujeta sólo al criterio del departamento de estado. Labor de policía internacional, que pretende ejercerse en estos países como in anima vili.

Ese principio está ligado a una teoría del presidente Coolidge, según la cual la violación de las leyes internacionales es análoga a la violación de las leyes domésticas. Así como cuando una multitud amenaza una fábrica en Baltimore o en Chicago, debe intervenir sin demora la policía yanqui para restablecer el orden y amparar a los propietarios, así también, si en una república americana se registran revoluciones o desórdenes, el gobierno de los Estados Unidos tiene derecho y facultades para desembarcar allí marinos y soldados a custodiar a los negociantes y banqueros yanquis, cuyos bienes puedan sufrir daños. No se acepta como suficiente la protección de las autoridades del país respectivo, ni la responsabilidad de éste para reconocer los perjuicios que se causen. Desaparece la línea divisoria de las distintas soberanías y queda sólo la fuerza de los Estados Unidos, como respaldo permanente de los intereses de esa nación en todo el continente.

La teoría de ayer va todavía más lejos. Queriendo justificar el señor Coolidge la intervención en Nicaragua, dijo: «Cuando los Estados Unidos reconocen un presidente de la América Latina hacen algo más que un vano gesto». ¿Qué quiere decir esto? Ya el *New York Times*, el diario más serio de su país y quizá el más poderoso del mundo, se alarmó por estas declaraciones y puso de relieve su escandalosa significación. El presidente de los Estados Unidos quiere sugerir que el reconocimiento que él haga de un gobierno en el continente lo convierte en una especie de tutor y protector de ese gobierno; que en lo sucesivo ya éste no dependerá de la libre voluntad del país que administra, sino del querer de Washington, el cual en caso de que el gobernante reconocido pierda el apoyo popular en que se basa su poder, lo suplirá con el apoyo del ejército y de la marina yanquis. Para algo lo hemos reconocido, dice el actual mandatario de los Estados Unidos.

Para algo, sí, pero no para eso. No para establecer una especie de tutela sobre los gobiernos del continente, y para convertir en una póliza de seguro o en una amenaza de muerte aquel reconocimiento. A México se le quiere intimidar insinuando que si se empeña en sostener determinadas leyes, se le retirará el reconocimiento. Y se envían acorazados, tropas y cañones a sostener a Adolfo Díaz contra la constitución y el pueblo de Nicaragua, tan sólo porque se le reconoció como presidente de su país. Tutela, tutela completa y bochornosa, que no es posible tolerar ni un instante.

Hay que proclamar a los cuatro vientos que el reconocimiento que del gobierno de un país débil haga oficialmente un gobierno fuerte no dá a este último derecho ninguno, distinto de mantener relaciones con aquel gobierno. Que la intervención por ese motivo es tan inicua como la que persigue la conquista de un pedazo de territorio o el usufructo de alguna rica propiedad; que el gobierno de cada país es una cosa privativa de éste, en la cual nada tienen que ver los demás; que dar al reconocimiento el sentido que le quiere conceder la Casa Blanca, es convertirlo en condición esencial y suficiente para gobernar, no establecida en ninguna de nuestras constituciones, y en un pretexto para intervenir decisivamente en la política interna de estos países, en los cuales se puede colocar por sobre la voluntad popular la opinión y el querer de la secretaría de estado de Washington.

Todas estas declaraciones son un ataque directo a la soberanía, a la dignidad, a la libertad de las repúblicas latinas, y no creemos que ante tales cosas, ellas puedan encerrarse en un silencio tímido que es una especie de aquiescencia cobarde a tales agresiones. Es preciso hablar, y hablar claro. Si el presidente Abadía quisiera romper su silencio—en las mil formas discretas en que ello es posible—y hacer para la opinión del país y de América, en un reportaje o en una conversación autorizada con los periodistas, declaraciones que restablezcan el equilibrio y presenten contra las teorías de la tutela humillante, las de la soberanía integral que no admite intervenciones ni tolera pretensiones a protectorado, se lo agradecería todo colombiano y todos los buenos hijos de la América Latina. No es posible que en este monólogo sombrío siga el presidente Coolidge planteando las teorías del peor imperialismo, en presencia de la América Latina amenazada, inquieta y ofendida, pero silenciosa.

(De *El Tiempo*. Bogotá).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica